

# TEXTOS Y GLOSAS

## San Agustín, Unamuno y Nietzsche, tres caminos divergentes

La filosofía en general, y la ética en particular, han sido acusadas con mucha frecuencia de falta de realismo, de asepsia, de abstraccionismo y de alejamiento de la vida real de los hombres y de la historia; pero esta acusación, si en parte puede ser verdadera, no lo ha sido siempre. Algunos filósofos pueden ser considerados como prototipos de su tiempo, y en ellos la vida, la razón y el corazón estuvieron tan estrechamente implicados con la filosofía, que la hicieron carne de su carne y núcleo crucial de su cotidiano vivir. Los tres hombres, en quienes hoy nos fijamos, son clara muestra de los que terminamos de afirmar, pues en ellos filosofía y vida estuvieron tan unidas, que resultan del todo indisolubles.

Si pretendemos mirar a la historia de Occidente y contemplar a los grandes maestros de nuestros orígenes, hemos de fijarnos en Sócrates, Jesús de Nazaret y Séneca, como los representantes más cualificados de la enseñanza moral de nuestra cultura; pero si, además, queremos hacernos una idea de la diversidad de caminos, que la historia ha ido abriendo, podemos mirar a san Agustín, Miguel de Unamuno y Federico Nietzsche, como prototipos de la diversidad de metas y procesos que el hombre puede seguir, como consecuencia de la opción radical que cada uno tome ante la vida.

Estudiaremos a estos filósofos, no como representantes de una moral minuciosa, sino como hombres que reaccionan de forma muy diversa ante un problema concreto: Dios. Su opción, en este punto, condicionó posteriormente todo su planteamiento ideológico y vital.

Aunque planteamos aquí el problema de Dios, no lo hacemos desde el punto de vista teológico, sino moral. En Occidente el tema de Dios ha sido básico para casi todas las manifestaciones culturales, y de la actitud que se ha tomado en este punto han dependido en muchas ocasiones las soluciones al problema moral, en el plano especulativo y práctico. Nos acercamos, por tanto, a estos hombres como moralistas. No analizamos la ética concreta de cada uno, sino

la orientación general que su vida y su pensamiento siguieron, como consecuencia de la solución que dieron ante el problema de Dios.

San Agustín, Nietzsche y Unamuno tienen de común el amor a la vida, la crisis, la fuerza pasional y el planteamiento radical de los problemas, quedando todo lo demás subordinado al servicio de la vida misma. Tres hombres, tres crisis, tres opciones y tres vidas, que pueden ser luminosas. A la hora de optar ante estos tres caminos u otros similares, recordamos las palabras que don Miguel de Unamuno escribe en la vida de Don Quijote y Sancho: "Grande es una pasión que rompe por todo y quebranta leyes y arroja preceptos y desencadena torrencialmente su caudal, pero es más grande aún, cuando temerosa de enfangarse con las tierras que ha de arrastrar en su furiosa arremetida, se arremolina en sí y se condensa y se mete en sí misma, como queriendo tragarse a sí propio, luchando por deshacerse en su imposibilidad misma, y revienta hacia dentro y convierte en inmenso piélago el corazón"<sup>1</sup>.

*San Agustín o el vivir conjiado en compañía de Dios.*

San Agustín, en su misma persona, es un claro exponente del momento histórico en que vivió y de la cultura de su tiempo.

En él se junta un alma grande y abierta a la vida, el calor de su fogoso corazón africano, la agudeza intelectual, la retórica romana, la filosofía griega, el paganismo de origen, las lágrimas de su madre, el cristianismo rutinario y la presencia del Espíritu que fue capaz de aglutinar todo esto en una vida azarosa, primero, muy segura después y siempre anhelante.

Cuando san Agustín dio el paso definitivo de su conversión al cristianismo se situó para siempre más allá de los límites de una moral estrecha, rutinaria y de cumplimiento, haciendo realidad en su vida, lo que Nietzsche dijo muchos siglos después: "Si se hace algo por amor, se hace más allá del bien y del mal"<sup>2</sup>. Pero antes de llegar san Agustín a esta actitud mística tuvo que pasar las zozobras de sus años juveniles y la búsqueda de algo que diera verdadera tranquilidad a su vida, tranquilidad que sólo en Dios pudo encontrar. En el comienzo de las confesiones exclama: "Nos has hecho, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti"<sup>3</sup>.

---

1. UNAMUNO, M. DE, *Vida de Don Quijote y Sancho*. Obras selectas. Ed. Pleyade. Madrid (sin año) p. 253.

2. NIETZSCHE, F., *Obras Completas*. Tomo VIII, ed. Aguilar. Buenos Aires, 1948, Lección IV, p. 110.

3. SAN AGUSTÍN, *Las confesiones*. Ed. Católica (BAC). Tomo II Madrid 1954, pág. 325.

Breve, aunque no en el tiempo, fue el camino que san Agustín recorrió para encontrar el sólido pilar que sirviera de apoyo a su vida. Tal brevedad se debió a haberse dirigido, para encontrarlo, hacia el interior de sí mismo, siguiendo el esquema neoplatónico y el consejo de los grandes maestros griegos, que ya había iniciado Heráclito el oscuro: Conócete a ti mismo <sup>4</sup>. San Agustín, deseoso de encontrar la Verdad, la buscó dentro del hombre, dentro de sí mismo y a ella se adhirió con tanta fuerza y persuasión de haber encontrado lo que buscaba, que ya pudo caminar seguro y tranquilo, por la confianza que le daba la compañía de Dios: "...Tú (Dios mío) estabas dentro de mí, más interior que lo más íntimo que hay en mí mismo y más elevado que lo más sumo mío" <sup>5</sup>. En Dios reposa la vida de san Agustín y su ética no estará tanto orientada al bien, que está vinculado a Dios, como cimentada en Dios, que es el Bien supremo.

Si el encuentro con Dios le había sido fácil, no lo fue la decisión de su definitiva conversión; su espíritu recio y su inicial actitud semirracionalista le impedían fiarse de algo o alguien que no fuera él mismo. La fe cristiana, que tenía por delante, le exigía dar un paso inicial con cierto riesgo, lo mismo que el miope, al andar con poca luz necesita fiarse de alguien que la va conduciendo. Si la fe le proporciona al final descanso y quietud, en su comienzo estuvo impregnada de dudas y zozobras. "En vista de ello, dice san Agustín, decidí aplicar mi ánimo a las Escrituras y a ver qué tal eran. Mas he aquí que veo una cosa no hecha para los soberbios ni clara para los pequeños, sino a la entrada baja y en su interior sublime y velada de misterios y yo no era tal que pudiera entrar en ella o doblar la cerviz a su paso por mí" <sup>6</sup>.

Con gran sinceridad confiesa san Agustín la dificultad que suponía los primeros pasos hacia la fe, que él llegó a dar tras largas luchas interiores. Pero, al fin, puso en Dios toda confianza y a él se agarró tan fuertemente que ya no se apartará de él más en su vida. "No hay, pues, lugar a dudas; es Dios la inmutable Naturaleza, erigida sobre el alma racional, y allí cambia la primera vida y la primera esencia, donde luce la primera sabiduría. He aquí la soberana verdad, que justamente se llama ley de todas las artes y arte del Omnipotente Artífice" <sup>7</sup>.

---

4. HERÁCLITO, *Fragmentos*. Ed. Aguilar. Buenos Aires 1973, pág. 146, (fragmento 101).

5. SAN AGUSTÍN, *Las confesiones*, 407.

6. SAN AGUSTÍN, *Las confesiones*, 403.

7. SAN AGUSTÍN, *La verdadera Religión*. Tomo IV, pág. 139.

La seguridad, que tanto tiempo había buscado de mil modos, la deposita en Dios y, allí se siente seguro y confiado:

“Aterrado por mis culpas y el peso enorme de mi miseria, había tratado en mi corazón y pensado huir a la soledad; mas tú me lo prohibiste y me tranquilizaste diciendo: Por eso murió Cristo por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió por ellos.

He aquí, Señor, que ya arrojo en ti mi cuidado a fin de que viva y pueda considerar las maravillas de tu ley. Tú conoces mi ignorancia y mi flaqueza: Enséñame y sáname. Tú único, en quien se hallan escondidos los tesoros de la sabiduría y la ciencia me redimió con su sangre. No me calumnien los soberbios, porque pienso en mi rescate, y lo como y lo bebo y lo distribuyo y, pobre, deseo saciarme de él en compañía de aquellos que lo comen y son saciados. Y alabarán al Señor los que le buscan”<sup>8</sup>.

Aquí tenemos, contado por él mismo, la piedra angular de su vida y el hito crucial que la hizo tomar un nuevo y definitivo rumbo; pero lo que le sirvió a san Agustín de luz y fuerza para iniciar un nuevo camino, le sirvió a Nietzsche de escándalo: “¿Hay algo, se pregunta, que igualara por su fuerza de atracción y de fascinación a este símbolo de la santa cruz, esta horrible paradoja de un ‘Dios crucificado’, este misterio de inimaginable y última crueldad, la crueldad loca de un Dios que se hace crucificar para la salvación de la humanidad?”<sup>9</sup>. Este misterio sirve de piedra de toque para estos hombres, que reaccionan ante él, de modo muy diverso. Unamuno había escrito, exponiendo su concepción religiosa: “Creo en Dios, o, por lo menos, creo creer en él... porque se me revela por la vía cordial, en el Evangelio y a través de Cristo y de la historia. Es cosa del corazón”<sup>10</sup>.

San Agustín ni se adhirió a Dios sólo con el corazón, ni se reuerce ante el misterio, sino que acepta con toda su persona la presencia de Dios en él, como Verdad suprema y Bien infinito. Su entendimiento, voluntad y sentimientos quedan satisfechos por la presencia del Espíritu. Su conversión fue total. La vivencia amorosa queda indisolublemente unida con el conocimiento, y, con una nueva visión optimista del mundo: “Y porque no hiciste todas las cosas iguales, por ello todas ellas son porque cada una por sí es buena y todas juntas muy buenas, porque nuestro Dios hizo todas las cosas buenas en extremo”<sup>11</sup>.

8. SAN AGUSTÍN, *Las confesiones*, pág. 785.

9. NIETZSCHE, F., *Obras completas*. Tomo VIII, lección 6.ª p. 282.

10. UNAMUNO, M. DE., *Mi religión*, p. 225.

11. SAN AGUSTÍN, *Las confesiones*, p. 585.

Incluso el ensayo de la filosofía de la Historia que hace san Agustín en la "ciudad de Dios", es una filosofía de la ética, con mirada moralizante de la historia. La conversión de san Agustín fue tan profunda que él se ve y se siente invadido por la presencia de Dios, que todo lo inunda.

Hecha la opción radical de la fe, su vida y su ética están fundadas en Dios que está presente en todos los hombres, aunque éstos aún no le hayan encontrado: "El que vive bien, tiene a Dios propicio, el que vive mal lo tiene, pero adverso. El que aún le busca y todavía no lo ha encontrado, ni propicio ni adverso, pero no está sin Dios"<sup>12</sup>.

La presencia divina en nosotros es el bien supremo e inunda el alma de virtud. En oración humilde dice: "Virtud de mi alma, entra en ella y ajústala a ti, para que la tengas y la poseas sin mancha ni ruga"<sup>13</sup>. El encuentro de Agustín con Dios es el punto de partida de todo su pensamiento. Su ética, desde la entraña misma, será teológica y tendrá a Dios por piedra angular. El bien o el mal, la felicidad o la dicha, la sabiduría o la ignorancia, la riqueza o la pobreza tendrán su límite divisorio en la presencia o ausencia de Dios.

La inseguridad que había tenido san Agustín en la primera parte de su vida, le espolea a buscar firmeza donde encontrar reposo, pero desde su hallazgo de Dios, objeto firmísimo de su inteligencia y voluntad, su sabiduría es certera: puesta, dice, tiene el sabio su voluntad en cosas que no le pueden faltar. Sus acciones van moderadas por la virtud y la ley de la sabiduría divina, y nadie es capaz de arrebatarse su íntima satisfacción"<sup>14</sup>. Nada tiene de extraño que el atributo de inmutabilidad tenga primacía sobre todos los demás en el pensamiento de san Agustín, por la importancia que tuvo en el proceso psicológico de su conversión. Todo el pensamiento del santo gira en torno a la inmutabilidad. La presencia divina le hará gritar: "¡Oh caminos torcidos! Malhaya al alma que esperó, apartándose de ti, hallar algo mejor! Vueltas y más vueltas, de espaldas, de lado y boca abajo, todo lo halla duro, porque sólo tú eres su descanso. Mas luego te haces presente y nos libras de nuestros miserables errores, y nos pones en tu camino, y nos consuelas, y dices: Corred, yo os llevaré y os conduciré, y todavía allí os llevaré"<sup>15</sup>.

La vida de san Agustín fue una búsqueda continua de sosiego, descanso, felicidad y seguridad; y si en la primera parte recorrió mucho sin encontrar paz, en la segunda encuentra el sosiego que

---

12. SAN AGUSTÍN, *De la vida feliz*, BAC. Tomo I, p. 615.

13. SAN AGUSTÍN, *Las confesiones*, p. 709.

14. SAN AGUSTÍN, *De la vida feliz*, p. 621.

15. SAN AGUSTÍN, *Las confesiones*, p. 549.

la presencia de Dios da al alma. Esta presencia no agota todo el ser divino, que es inmanente y trascendente, por eso él sigue buscando a Dios, no como lo hacen las vías tomistas, para encontrarle, sino para llevar a una etapa de revelación divina más plena.

La energía de este hombre pasional no quedó estancada en la crisis, sino que la supera y se lanza tras la meta con toda su fuerza. Su ímpetu encontró cauce adecuado, al sentirse acompañado por Dios "con tal, dice, que no levantemos contra ti los cuernos de una falsa libertad, sea arrastrados por el ansia de poseer más, sea por el temor de perderlo todo amando más a nuestro propio interés que a ti, Bien de todos"<sup>16</sup>.

San Agustín se levanta en la historia como un verdadero símbolo de tantos hombres, generaciones, estructuras sociales y normas éticas, que tienen en Dios el principio, fin y fundamento de toda su consistencia. Su opción, ante la crisis, condiciona su ciencia y su vida.

*Miguel de Unamuno o el salto ciego a la divinidad desde una vida azarosa.*

Aun a costa de la precisión cronológica, analizamos la figura y vivencia de don Miguel de Unamuno antes que la de Federico Nietzsche, por considerar que la opción de aquél se sitúa a medio camino entre la de san Agustín y la del filósofo alemán.

La vida, el sentimiento, la razón y la personalidad toda de don Miguel sufrió una crisis de la que salió con su alocado corazón, quedando el resto de su personalidad hieráticamente instalado en la crisis, con un pie en cada una de las orillas. Todo su ser en una antinomia de razón y corazón, de las nieblas de Bilbao y del horizonte abierto de Salamanca, de teísmo y ateísmo agónico, de cordura y exaltación. Se acercó anhelante al corazón de Dios, pero no rehusó señalar el corazón de una imagen de un Cristo, como corazón de piedra.

El culto profesor de griego era visto, con frecuencia, entrar en el convento de los dominicos de Salamanca, y cuando ya a sus pequeños ojos les faltaba claridad, por el paso de los años, salía del claustro al caer la tarde, orientándose a tientas entre luces y sombras. Esta imagen, que aún recuerdan los viejos salmantinos, es todo un símbolo de su vida.

Nietzsche dice "que donde se reúnen mente fría y corazón ar-

---

16. SAN AGUSTÍN, *Las confesiones*, p. 415.

diente se desata el torbellino que se llama salvador”<sup>17</sup>. En don Miguel, que se reunían estas dos condiciones, se desató un hambre insaciable de encontrar “un salvador” de su vida y se debatió día y noche a brazo partido, como un náufrago que se encuentra ya cerca de la orilla salvadora, pero que no logra alcanzarla definitivamente. Como Agustín, sintió con vehemencia la crisis de fe, pero se instaló en ella. También Unamuno entró dentro de sí, para buscar luz, pero no encontró a Dios, sino el frenesí de inmortalidad, como el nervio más profundo de toda la vida humana.

Esta experiencia vital la justifica racionalmente en la filosofía de Spinoza “aquel judío portugués, que nació y vivió en Holanda a mediados del siglo XVII... La proposición 6.<sup>a</sup> de la parte III de su Ética dice: “Unaquaeque res, quaetenus in se est, in suo esse perseverare conatur”<sup>18</sup>. Hace siglos que esto mismo lo había escrito Tomás de Aquino. San Agustín por el contrario enmarca esta tendencia de todas las cosas al ser, en un contexto religioso. Así ora a Dios en los soliloquios: “Dios, por quien todas las cosas que de su cosecha nada serán, tienden al ser, Dios que no permites que se aniquilen los seres, que de suyo, buscan la destrucción”<sup>19</sup>.

Como símbolo del ansia de inmortalidad se fija Unamuno en el hidalgo caballero de la Mancha, a quien pregunta: “¿Qué te arrastró, don Quijote, a tu locura de renombre y fama y a tu ansia de sobrevivir, tu anhelo de inmortalidad, esa herencia que heredamos de nuestros padres? Que tenemos un apetito de divinidad y una locura y un frenesí de querer más de lo que somos”<sup>20</sup>.

Este es el corazón del pensamiento de la vida y de la pasión de Unamuno, que se proyecta en el infinito, como una flecha lanzada al cielo. Tras el deseo de inmortalidad gira ya toda su vida, aunque su razón no llegue nunca a recorrer ese camino ni a asimilar ese impulso. El mismo nos cuenta cómo “uno de los hombres que han perdido el sentimiento de contacto de su propio espíritu, le preguntó una vez: ¿Y en qué va a fundarse la creencia en la propia persistencia inalcanzable? Y hubo de contestarle: En que lo quiero, en que quiero persistir. Como buscaba razones, se me quedó mirando extrañado”<sup>21</sup>. Si la razón no llega a mostrarlo, el deseo lo termina imponiendo como postulado de su vida y de su muerte.

17. NIETZSCHE, F., *Así hablaba Zaratustra*. Ed. E.D.A.F., Madrid 1973, p. 86.

18. UNAMUNO, M. DE, *El sentimiento trágico de la vida*. Obras selectas, “Cada una de las proposiciones de la ética de Spinoza son, según Unamuno, como un diamante: duras, esquemáticamente cristalinas, recortadas en finas y cortantes aristas, frías”, p. 217.

19. S. AGUSTÍN, *Soliloquios*. Obras completas, Tomo I. p. 477-79.

20. UNAMUNO, M. DE, *Mi religión*, p. 272.

21. UNAMUNO, M. DE, *Plenitud de plenitudes y todo plenitud*, p. 138.

El proceso de conversión que se operó en san Agustín, que le lleva a instalarse totalmente en Dios, nunca se dio en Unamuno, por eso Dios también es para él polo de referencia, pero de modo muy distinto a como lo fue para el santo. Unamuno se quedó encorchado, estático, gritando día y noche como si hubieran quedado sus pies apresados en una trampa, y sólo con su voz pudiera hacerse oír. Por la crisis Unamuno no nació a una vida nueva, como él mismo lo confiesa en la vida es sueño: "Es inútil callar la verdad. Todos estamos mintiendo al hablar de regeneración, puesto que nadie piensa en serio regenerarse a sí mismo. No pasa de ser un tópico de retórica que no nos sale del corazón, sino de la cabeza. ¡Regenerarnos! ¿Y de qué, si aún de nada nos hemos arrepentido?"<sup>22</sup>. Esta generalización que Unamuno hace de todos los hombres, es sin duda reflejo fiel de lo que él observaba en su propia vida.

Unamuno se instaló parcialmente en Dios, desde el deseo y desde esa atalaya interpreta el mundo y la vida, aunque de modo muy distinto a como lo hace Agustín, pues éste, desde que encuentra a Dios, hace su vida con paso firme y sosegado, por la tranquilidad que esta compañía proporciona.

Agustín encontró en su alma la luz y la verdad de Dios, pero Unamuno lo que encuentra es un secreto que le impulsa también a mirar a Dios, pero siempre desde el misterio y la sombra. "El misterio, dice Unamuno, es para cada uno de nosotros un secreto. Dios planta un secreto en el alma de cada uno de los hombres, y tanto más hondamente cuanto más quiere a cada hombre, es decir cuanto más hombre le haga. Y para plantarlo nos labra el alma con la afilada lanza de la tribulación. Los pocos atribulados tienen el secreto de su vida muy a flor de tierra, y corre el riesgo de no prender bien en ella y no echar raíces, y por no haber echado raíces no dan ni flores ni frutos"<sup>23</sup>.

Unamuno se debate entre dos orillas. Cuando habla el corazón, unido a Dios, sale el místico, cuando habla la razón, el ateo agónico; pero en ningún momento está tranquilo, sosegado y gozoso. Su prevalencia por la vía cordial, sobre el intelectualismo, le condujo a renunciar a la luz de la razón y a considerar "el intelectualismo como una enfermedad terrible, que agota las fuerzas de los distinguidos, de los que a sí mismos se tienen por la flor y nata del humano linaje de los que fingen creer que sólo sirven los millones de los sencillos que callan, oran y trabajan para producir unos cuantos genios y subgenios, de los fariseos en fin, en el recto sentido de la pala-

---

22. UNAMUNO, M. DE, *La vida es sueño*, p. 139.

23. UNAMUNO, M. DE, *El secreto de la vida*, p. 213.



bra”<sup>24</sup>. Con la cabeza él no había encontrado a Dios, ni pensado poder encontrarlo, y optó en su vida por perder el juicio, como don Quijote. De él dice: “Por nuestro bien lo perdió, para dejarnos eterno ejemplo de generosidad espiritual. Con juicio ¿hubiera sido tan heroico? Hizo en aras de su pueblo el más heroico sacrificio. Llenóse la fantasía de hermosos desatinos y creyó en verdad lo que es sólo hermosura. Y lo creyó con fe tan viva, con fe engendradora de obrar que acordó poner por hecho lo que su desatino le mostraba y en puro creerlo, hizolo verdad”<sup>25</sup>.

Optó Unamuno por una vida alocada, sin juicio y abandonó la luz de la razón para dejarse guiar solamente por la vehemencia creadora del corazón que por sí mismo abre caminos donde no hay ni resquicio de senda; “cuando la razón nos dice que no hay finalidad trascendente, la fe me contesta que debe haberla y como debe haberla la habrá. Porque no consiste tanto la fe en creer lo que no vemos, cuanto crear lo que no vemos. Sólo la fe crea”<sup>26</sup>. Así Unamuno, como un valiente caballero andante, se lanzó a ciegas a abrir caminos nuevos a impulso de su vehemente corazón, incluso entre el ser y la nada.

En él se confunde la fe, el riesgo, la palabra y la vida, formando todos juntos un torbellino vivencial, donde el hombre entero está sumergido. Con este consejo terminó su enseñanza, a la que estuvo dedicada toda su vida: “Compañeros de escuela, maestros, estudiantes y estudiosos todos: Tened fe en la palabra que es la cosa vivida; sed hombres de palabras, hombres de Dios, suprema cosa y palabra suprema...”<sup>27</sup>.

Así fue nuestro querido don Miguel. Hombre pasional que quiso apostar toda la vida a una sola carta, que se la jugó al vacío, con la esperanza y el deseo de que del vacío saliera la firmeza de un Dios que no pudo, no supo o no quiso encontrar con la razón. La cerviz de la razón nunca la doblegó y suplió su soledad con otras alas libres y creadoras; por esto Unamuno nunca salió de la crisis y convirtió su vida en una eterna lucha agónica.

Si algunos de sus párrafos definen su existir, creemos que uno de los más precisos es este verso:

“Dime, Señor, tu nombre, pues la brega,  
toda esta noche de la vida dura  
y del albor la hora luego llega;

24. UNAMUNO, M. DE, *Nicodemo el fariseo*, p. 881.

25. UNAMUNO, M. DE, *Vida de don Quijote y Sancho*, p. 243.

26. UNAMUNO, M. DE, *Nicodemo el fariseo*, p. 879.

27. UNAMUNO, M. DE, *Ultima lección*, 1934, p. 1048.

me has desarmado ya de mi armadura,  
y el alma, así vencida, no sosiega  
hasta que salga de esta senda oscura”<sup>28</sup>.

Unamuno deseó lo que Agustín encontró en su conversión al cristianismo, al que se entregó desde entonces en alma, razón y corazón y vida, mientras que Unamuno sólo lo encontró como deseo del corazón. Agustín caminó en compañía de Dios, Unamuno ansió caminar, seguro de que lo encontraría.

Esta seguridad hizo nacer en él la esperanza que manifiesta en sus versos:

“Los con Dios, heraldos de esperanzas,  
vestidas del verdor de mis recuerdos,  
id con Dios y que su soplo os lleve  
a tomar en lo eterno, por fin, puerto”<sup>29</sup>.

Agustín llegó a conseguir una sabiduría que le asienta en objetos firmísimos que le dan paz y tranquilidad al caminar: “Puesta tiene el sabio su voluntad en cosas que no le pueden faltar. Sus acciones van moderadas por la virtud y la ley de la sabiduría divina, y nadie es capaz de arrebatarse su íntima satisfacción”<sup>30</sup>. Para Unamuno, en cambio, lo eterno es una esperanza, tras lo que se lanza, como terminamos de escuchar en sus versos. Para Nietzsche “todo lo que es inmutable no es sino un símbolo”<sup>31</sup>. Esta es la diferencia radical entre estos hombres que los llevó a tomar caminos divergentes.

### *Nietzsche o la búsqueda de la alegría perdida*

Dios es para san Agustín remanso de paz, y para Unamuno se convierte en la meta de un corazón que se lanza en solitario en su búsqueda, quedando la persona en la difícil estacada de la dolorosa agonía. Nietzsche también sale por los caminos del mundo buscando plenitud, pero el espectáculo que descubre está impregnado de tristeza. Ni encuentra a Dios ni le desea, pero en el largo caminar de su vida, dolorosa vida, sueña, imagina y añora la felicidad gozosa de un Dios que le haga feliz.

“Todos somos, dice Nietzsche por boca de Zaratustra, burros y burras agobiados de carga. ¿Qué tenemos nosotros de común con el capullo de la rosa que tiembla porque le oprime una gota de rocío? Verdad es que amamos la vida, pero no porque estemos habituados

28. UNAMUNO, M. DE, *Señor, no me desprecies*, p. 989.

29. UNAMUNO, M. DE, *Id con Dios*, p. 954.

30. SAN AGUSTÍN, *De la vida feliz*, p. 621.

31. NIETZSCHE, F., *Así hablaba Zaratustra*, p. 81.

a ella, sino al amor. En el amor siempre hay un poco de locura. Pero también siempre hay un poco de razón en la locura. Deseos de cantar y llorar siente Zaratustra cuando ve revolotear estas pequeñas almas ligeras (mariposas o burbujas de jabón) y locas, encantadoras e inquietas. Yo sólo podría creer en un Dios que supiera bailar”<sup>32</sup>. Creemos que éste es uno de los textos donde se revela el alma de Nietzsche con más sinceridad.

El dolor, que estuvo tan presente en su vida, le invadió muchas veces de tristeza, pero la fuente de su tristeza no es la falta de felicidad en la vida presente, sino la añoranza de encontrar algo o alguien en quien descansar. El creador del super-hombre se vio sumido toda la vida en la frustración que le condujo a una crisis, no superada, contra la que se retuerce continuamente. Si san Agustín dio un paso hacia adelante con toda su persona y Unamuno quedó preso entre la razón y el deseo, Nietzsche, ante la misma piedra de toque, no vio más que sumisión, opresión y dolor.

A diferencia de los filósofos anteriores, Nietzsche no entró dentro de sí mismo para buscar la verdad, sino que se proyecta fuera de él mismo: “Solamente cuando el hombre haya adquirido el conocimiento de todas las cosas, podrá conocerse a sí mismo. Pues las cosas no son más que la frontera del hombre”<sup>33</sup>. Por la cultura occidental en que vivió necesariamente se tenía que encontrar con el fenómeno de la revelación cristiana, pero este problema lo despacha con una interpretación sumamente sencilla: “¿Cómo es posible que alguien pueda considerar como una revelación su propia opinión de las cosas? Este es el problema de la formación de las religiones: un hombre había siempre en el que este fenómeno era posible”<sup>34</sup>.

Abandonado el camino ya no logra ver ni encajar el fenómeno moral con otras coordenadas que no sea la sumisión y la imposición frustrantes. Todo lo que es moral queda reducido para él en fuente de coacción, de dolor y freno para el hombre. Sus obras están plagadas de críticas a la moral, considerándola como sacrificio semisalvaje: “La razón tiene que conseguir una victoria difícil y sangrienta en el interior del alma; allí tiene que derribar instintos enemigos; ésta no puede prescindir de una especie de crueldad como en los sacrificios que exigen los dioses canibales”<sup>35</sup>. Unamuno no encontró por vía de la inteligencia el cauce de su vida, pero Nietzsche va más allá. Ni por la razón ni por el corazón encuentra salida ante la crisis de la vida y utiliza aquella para una continua crítica mordaz

32. NIETZSCHE, F., *Así hablaba Zaratustra*, p. 43.

33. NIETZSCHE, F., *Obras completas*, Tomo V. Libro 1, p. 63.

34. NIETZSCHE, F., *Obras completas*. Libro V, p. 71.

35. NIETZSCHE, F., *Obras completas*. Tomo V, libro IV, p. 197.

y sarcástica. Sólo vio en la moral la cara desnuda de la sumisión y renunció a entrar por ella.

En la disyuntiva que plantea entre la vida apolínea y dionisiaca, opta por la segunda, como reacción contra una forma de vida que sólo engendra sumisión y dolor en todas sus formas: "La sumisión a las leyes de la moral, nos dice, puede ser provocada por el instinto de la esclavitud o por la vanidad, por el egoísmo o por la resignación, por el fanatismo o por la irreflexión.

Puede constituir un acto de desesperación, como la sumisión a la autoridad de un soberano: en sí misma nada tiene de moral"<sup>36</sup>.

El problema de Dios y de la inmortalidad, que habían sido los focos luminosos para san Agustín y Unamuno, los resuelve del mismo modo, manifestando una actitud de envidia, que no es sino la tristeza de un bien deseado y no conseguido. Por boca de Zaratus-tra dice: "Yo os enseño a decir super-hombre. Dios es una conjetura. Si existiesen los dioses ¿cómo soportaría yo no serlo de ningún modo?"<sup>37</sup>. Con similares palabras enjuicia el problema de la inmortalidad humana: "Un solo inmortal sobre la tierra, bastará para inspirar a todo lo que restase alrededor de él, tal hastío, que se produciría una verdadera epidemia de suicidios"<sup>38</sup>. Dios ha muerto y lo que queda de su rastro son autoengaños.

Nietzsche ha perdido los más grandes eslabones que han levantado de la tierra la mirada de los hombres, y ve en todos los que representan la antigua forma de vivir, una cárcel, de la que han de ser liberados, incluso, los antiguos carceleros: "Estos sacerdotes, dice Zaratus-tra, me inspiran piedad. Todavía me son antipáticos. Pero desde que estoy entre los hombres, esto no tiene importancia para mí. Sin embargo sufro y he sufrido con ellos. Prisioneros, presentan a mis ojos el estigma de los réprobos. El que ellos llaman Salvador, les ha encadenado... con las cadenas de los valores falsos y de las palabras vacías. ¡Ah! ¡Que alguno les salve de su salvador!"<sup>39</sup>.

Ante una situación de dolor, Nietzsche ha perdido la confianza de encontrar un salvador de la situación humana, que él ve sólo con ojos de tristeza y de dolor. "Vergüenza, vergüenza, vergüenza. Esta es la vida del hombre"<sup>40</sup>. Nada extraño es que el filósofo, en esta situación, se vea impregnado por una profunda sensación de vacío, sin norte hacia donde dirigir la vida humana; pero su temperamento fuerte le impide caer abatido en la desesperanza y su voz se vuel-

36. NIETZSCHE, F., *Obras completas*. Tomo V, libro 11, p. 97.

37. NIETZSCHE, F., *Así hablaba Zaratus-tra*, p. 80.

38. NIETZSCHE, F., *Obras completas*. Tomo V, libro IV, p. 192.

39. NIETZSCHE, F., *Así hablaba Zaratus-tra*, p. 85.

40. NIETZSCHE, F., *Así hablaba Zaratus-tra*, p. 82.

ve firme para iniciar la nueva andadura. "Ya es hora, grita Zaratus-  
tra, de que el hombre se señale a sí mismo una meta!"<sup>41</sup>. Después  
de una primera época de crisis y de dolor, busca el camino de una  
nueva moral con la que el hombre pueda caminar sin miedo a las  
trabas, siendo él mismo el creador del bien y del mal.

Con voz de profeta sale entonces Nietzsche a pregonar su nuevo  
mensaje: "...A todos vosotros que sufrís, igual que yo, del gran has-  
tío, para quienes el antiguo Dios ha muerto, sin que un Dios nuevo  
esté todavía en cuna, envuelto en pañales..., a todos vosotros os es  
propicio mi mal espíritu, mi demonio encantador"<sup>42</sup>. Por la inspira-  
ción de este demonio encantador trata él de encontrar los orígenes  
del bien y del mal y, tras largo caminar, llega a una conclusión se-  
mejante a la que sostenía Heráclito en los lejanos albores de la filo-  
sofía, que lo bueno se identifica con lo noble y lo superior: "La con-  
ciencia de la superioridad de una raza y de la distancia, el senti-  
miento general fundamental, duradero y dominante de una raza su-  
perior y reinante, en oposición a una raza inferior, con un bajo fon-  
do humano, he aquí el origen de la antítesis entre bueno y malo"<sup>43</sup>.  
Los caminos hacia la moral del super-hombre, término siempre con-  
fuso, que pasa a ocupar el puesto del Dios perdido, ya están abiertos  
de par en par. El hombre queda libre de ataduras y su voluntad pa-  
sa a ser dueña y señora del camino a seguir: "Tú debes", dice Zara-  
tustra, se llama el gran dragón. Pero el espíritu del león dice: '¡Yo  
quiero!'... en otro tiempo alaba el "tú debes", como el más sagrado  
bien; ahora es necesario encontrar la ilusión y lo arbitrario, inclu-  
so en este bien, el más sagrado, para que se realice a costa de su  
amor, la conquista de la libertad"<sup>44</sup>. La ilusión y lo arbitrario es lo  
que Nietzsche trata de conseguir a toda costa, por haber concebido  
toda moral anterior como esclavitud, sumisión y tristeza.

En adelante las alusiones a su deseo de encontrar la alegría  
perdida llenan su obra. Incluso más, la alegría pasa a ser el color  
con el que la eternidad empieza a tener sentido en la vida del an-  
gustiado filósofo: "Profundo es el dolor .../La alegría es más pro-  
funda que la pena. El dolor, dice: ¡pasa y acaba! / Pero la alegría  
quiere la eternidad, ¡quiere la profunda eternidad!"<sup>45</sup>.

La alegría y la risa llegan así a ser tan importantes en la bús-  
queda del nuevo camino que ha emprendido Nietzsche, que se con-  
vierte en criterio de verdad de ese mundo loco, donde la lógica na-

41. NIETZSCHE, F., *Así hablaba Zaratustra*, p. 22.

42. NIETZSCHE, F., *Así hablaba Zaratustra*, p. 279.

43. NIETZSCHE, F., *Obras completas*. Tomo VIII, lecc. VI, p. 273.

44. NIETZSCHE, F., *Así hablaba Zaratustra*, p. 31.

45. NIETZSCHE, F., *Así hablaba Zaratustra*, p. 306.

da tiene que decir: "Y que nos parezca falsa, dice, toda verdad que no traiga consigo, cuando menos, una alegría"<sup>46</sup>. Si en la nueva ética pudiera hablarse de un criterio manifestativo de la bondad o malicia de las acciones, este criterio sería la risa; por eso Nietzsche estimula a que aprendan a marchar por ese camino a los hombres de la nueva era que está naciendo: "Yo he canonizado la risa, por tanto, hombres superiores, aprended a reír!"<sup>47</sup>.

Los tres filósofos proyectan la alegría más allá de la etapa presente. San Agustín, la asegura en la eterna bienaventuranza. "El hombre, dice el obispo de Hipona, prefiere la alegría y la verdad. Entre llorar y reír, el reír; ente la ilusión y la verdad, la verdad. Mas el imperio de la verdad es tan invencible, que aún llorar prefiere cuerdo, a reír loco. Allí, pues, en aquella patria reinará la verdad, sin falacia y sin error; pero, además, reinará la verdad y no las lágrimas. Será, pues, un reír verdadero, un gozar de la verdad porque allí reinará la vida, pues si hubiera dolor no sería vida, porque no ha de llamarse vida el sempiterno e inmortal padecer"<sup>48</sup>.

José Luis CALVO BUEZAS  
*Oviedo.*

---

46. NIETZSCHE, F., *Así hablaba Zaratustra*, p. 195.  
47. NIETZSCHE, F., *Así hablaba Zaratustra*, p. 278.  
48. SAN AGUSTÍN, *Sermones*. Tomo VIII, p. 765.